

CIRCULO DEL CRIMEN

UN POLICIA ANDA SUELTO

MICKEY SPILLANE



Un nuevo héroe, Gillian Burke, un policía expulsado del Cuerpo gracias a una trampa tendida por sus enemigos, emprende una lucha en solitario contra el crimen organizado y contra aquellos que arruinaron su carrera. En su camino se cruzan seductoras mujeres e implacables enemigos que luchan sin cuartel en un mundo fuera de toda ley que no sea la suya propia.

*A los críticos, comentaristas e incrédulos
les sugiero un examen escrupuloso y metódico
de los archivos de sus periódicos...
y que presten especial atención a cierto archivo
policíaco cuyo número de código es el 3D-SSR-02.
Y al Gran Jefe... gracias.
M.*

1

Llegó al quiosco de los periódicos exactamente a las once menos tres minutos de la noche, compró la primera edición del diario del día siguiente y un ejemplar de la *Guía de la TV*, y pasó otro minuto ojeando los titulares a la luz del quiosco, antes de cruzar al otro lado de la calle. El perrito de patas cortas que tiraba de la correa subió a la acera, miró hacia atrás cómicamente, luego giró a la derecha obedeciendo la orden de su amo, y avanzó hacia el este por la desierta acera.

Eran exactamente las once menos un minuto. Tenía que ser muy puntual porque el otro hombre era un obseso de la puntualidad; de modo que cuando el sedán negro pasó junto al individuo del perro, para internarse en el aparcamiento situado frente al viejo edificio de ladrillos, fue como si los relojes se hubiesen sincronizado, unas horas antes, para este breve encuentro de sus manecillas en el momento final del destino.

El conductor desconectó el motor, apagó los faros y puso punto muerto. Cerró las portezuelas del lado derecho y la posterior del izquierdo, y estaba tanteando la manezuela de la ventanilla de su lado cuando de manera automática miró al paseante que llevaba el perro: el tipo inofensivo al que había visto unos segundos antes comprando el periódico y al que no había prestado la menor atención, porque la gente de Nueva York todavía pasea a sus perros, compra diarios y se vuelve a casa, cosa que un enemigo jamás ha-

ría, y casi devolvió la sonrisa cuando el desconocido le sonrió a él.

De repente sintió helársele el estómago y experimentó una horrible sequedad en la garganta porque reconoció la cara, así como la extraña sonrisa, y comprendió que sus cuarenta y seis años de vida estaban a punto de llegar a su fin en aquella callejuela del West Side, donde él se encontraba fuera de lugar. Ya no habría más ático lujoso en una de las torres de Manhattan, ni más esposa regordeta siempre recriminándole en un imperfecto inglés, ni más preguntas inquisitivas por parte de unos adolescentes demasiado listos, ni más disfrutar del poder de vida y muerte dentro de la vasta organización. Y todo a causa del estúpido pubis rubio que vivía en un piso sin agua caliente, pero que sabía cómo solucionar sus problemas sexuales y devolverle la potencia que creía perdida para siempre.

Vio cómo se elevaba la mano que sostenía el periódico y trató de sacar su propio revólver del bolsillo, pero era demasiado tarde. Víctor Petrocini consiguió el orgasmo final cuando la bala de grueso calibre le abrió un agujero en la frente y le desparramó los sesos sobre el salpicadero del auto.

El perrito apenas se sobresaltó al oír el silencioso *jup* de la descarga.

Ni el hombre ni el perro habían interrumpido su plácido paseo hacia el final de la calle.

Un mes atrás veintidós individuos se habían sentado en torno a la larga mesa de conferencias de Boyer-Reston, Inc. Esta vez sólo diecisiete personajes, irreprochablemente vestidos, ocupaban las butacas de roble oscuro. Delante de cada uno había cuadernos de tamaño grande y varios bolígrafos, y había café en la hermosa cafetera junto a la pared, pero todas las tazas estaban vacías y los cuadernos en blanco.

A la cabecera de la mesa, Mark Shelby, cuyo verdadero nombre era Marco Aurelio Fabio Shelvan, jugueteaba silenciosamente con la llave Phi Beta Kappa que adornaba la cadena de su reloj, mientras sus ojos se iban posando en cada una de las personas sentadas a la mesa, al tiempo que recordaba aquella ocasión, veinte años antes, en que había participado por primera vez en una reunión como ésta.

Entonces los rostros pertenecían a campesinos con acento pueblerino, entre los cuales todavía flotaba el olor a ajo de la cena servida por Peppy. Las botellas de vino vacías servían de ceniceros y había anotado todo lo hablado porque sólo él poseía la habilidad de transformar dos idiomas en un inglés coherente al que consultar más tarde. Había hecho su prueba de sangre unas semanas antes, con el doble asesinato de Herm y Sal Perigino, los que habían intentado matar a Papá Fats... una prueba un tanto tardía, pero le habían seleccionado para conseguir una educación universitaria que beneficiaría a la organización, y aquellos asesinatos no habían sido más que una mera formalidad, algo así como una iniciación fraternal.

Aquella otra mesa había sido una especie de tabla tosca situada en la trastienda de la taberna de Peppy, y él se había sentado allí muchas veces, abriéndose paso lentamente hacia la cabecera. Ahora ocupaba, por fin, el gran sillón y mandaba sobre las diversas cabezas visibles que constituían la nueva y moderna organización, la otra sociedad cuya fortuna se lograba por medio de los vicios y degradaciones del sector de Manhattan, en la ciudad de Nueva York.

La voz de Shelby y la elección de las palabras tenían un aura clásica de sala de tribunal, mas no existía ninguna duda respecto a lo acerado de cada sílaba. Desde el asunto Perigino había ordenado la eliminación de unas treinta personas cuyas acciones le habían parecido intolerables para el buen funcionamiento de la «familia», encargándose personalmente de cuatro de ellas como un recordatorio constante de que todavía se hallaba en forma y era tan decidi-

damente cruel como cualquiera de sus predecesores en el cargo, por lo que seguía siendo merecedor del 148 título que gozaba legalmente, así como del *sub-rosa*^[1] que lo refrendaba. Le llamaban *Primus Gladiator* (el Primer Gladiador), no a causa de su nombre verdadero, sino por el modo como despachaba a sus enemigos: de prisa y con placer.

—Anoche —manifestó de pronto— mataron a Vic Petrocini. —Rebuscó entre los papeles que tenía delante, halló el que buscaba y lo señaló con el índice—. Durante seis semanas, los lunes y los viernes, se dirigía a la misma casa, a la misma hora para un mismo propósito. Sus excusas eran siempre diferentes y creía haber engañado a todo el mundo, pero cayó en una emboscada porque a alguien no lo había engañado en absoluto. Y esto hace la suma de cuatro muertos en un mes. —Hizo una pausa y levantó la mirada con el rostro tan helado como sus ojos—. La cuestión ahora es... ¿por qué?

León Bray era el encargado de la sección de computadoras que servía a la larga lista de actividades de la organización. A los cincuenta años, parecía diez años más viejo, con la cara arrugada por los años de intenso trabajo detallista y los ojos de lechuga detrás de las gafas de gruesos cristales. Tabaleó sobre la mesa con su bolígrafo y aguardó a que cesaran los murmullos.

—Ninguna de esas cuatro personas presentaba ninguna irregularidad en los libros —afirmó—. Lo he comprobado todo tres veces y las cuentas estaban bien, hasta el último centavo. Joe Morse y Baggert elevaron las cifras en un veinte por ciento respecto al año pasado, y tanto Rose como Vic lograban buenos beneficios en sus nuevos territorios. No había ninguna queja contra ellos.

Shelby digirió esta información afirmando con la cabeza; luego, miró a su derecha.

—¿Kevin...?

Arthur «Acicalado» Kevin giró el puro apagado entre los dedos y miró a su vez al presidente de la mesa. Estaba ner-

vioso, cosa que no le gustaba, pero lo que sucedía tenía todos los visos de algo que no había hecho más que empezar y prometía ir en aumento. Entrecerró los ojos y movió pesadamente la cabeza.

—He indagado en las otras oficinas y nadie intenta interferir ni ocupar nuestro terreno. Chicago y St. Louis querían prestarnos a varios de sus muchachos por si podían descubrir alguna cara nueva por aquí; por si acaso se tratase de un movimiento impulsado por uno de esos idiotas de Miami o Filadelfia... Allá tuvieron un problema parecido a éste el año pasado, y lo solucionaron en un periquete. Les respondí que preferíamos esperar un poco y ver cómo se desarrollaban las cosas.

—¿Y qué hay de Al Harris? Hace un año que salió de Atlanta.

—Bah, eso son habladurías —replicó Kevin, moviendo un brazo como para ahuyentar la sugerencia—. Su época ya pasó. Al se estableció en Baja California y no se ha movido de allí. Las autoridades mexicanas le vigilan constantemente, le permiten ejecutar sus trabajitos en la pequeña población donde vive y el viejo parece feliz con este arreglo. De manera que aunque el Gran Al Harris tenga sus contactos y el dinero necesario para financiarse un retorno al negocio, posee demasiado sentido común para intentarlo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Y tú, Remy? —quiso saber Shelby.

El aludido, un individuo bajo y rechoncho, se limitó a encogerse de hombros, si bien un gesto tan sencillo implicaba una intensa investigación llevada a cabo por unos doscientos hombres conocedores de su oficio, y cuyos informes eran analizados hasta el último detalle.

—Vic y Baggert —masculló finalmente— trataban con narcóticos, pero sus territorios no coincidían. Morse llevaba los libros y Rose se cuidaba de la usura. Ninguna conexión en absoluto. Además, ninguno de ellos tenía las mismas

amistades. Lo he investigado en profundidad en todas las direcciones posibles y no he podido hallar ninguna relación excepto que tanto los hijos de Rose como los de Vic asistieron a la misma escuela elemental.

Transcurrió casi un minuto antes de que Shelby levantara otra vez los ojos de sus papeles. Estudió de nuevo cada uno de los rostros presentes, y después pareció abarcarlos a todos en conjunto. En aquel momento se parecía mucho más a uno de aquellos severos semblantes de los jurisperitos de tiempos pretéritos, cuyos retratos pintados cuelgan de las paredes de los palacios de justicia, que al presidente de la junta de directores de la organización más influyente del hampa.

—Nadie —aseguró en voz baja— liquida a cuatro de nuestros altos cargos sin un propósito definido.

—No estamos seguros de que se trate de un solo individuo —intervino desde un extremo de la mesa el que todos llamaban Pequeño Richard, a causa de su corpulencia.

Richard Case era el enlace de la organización con la tela de araña política de la ciudad. Oficialmente, dirigía una agencia de compra y venta de fincas, era un personaje muy popular, muy activo políticamente; mas esto, como todo lo demás, era sólo una fachada que escondía sus verdaderos negocios.

—Continúa, Richard.

Más de cien kilos de carne se movieron en la butaca, que crujió bajo aquel peso.

—Los revólveres no han sido los mismos. A Vic y Morse se los cargaron con balas del treinta y ocho, a Baggert con una del cuarenta y cinco, y a Rose le dispararon con una pistola de nueve milímetros. Lo único en común es que todos fueron liquidados de un solo disparo efectuado hábilmente.

—Nosotros también hemos matado así a varios tipos —le recordó Shelby.

—No —disintió Richard—. Los nuestros siempre se aseguran y disparan dos veces más. Además, nuestros muchachos no escogerían ni la hora ni el lugar en los que se realizaron esas muertes. En todos los casos hubo una emboscada y los revólveres, seguramente, estaban provistos de silenciador. Por esto la bofia no ha hallado a nadie que oyese algo. El que ha hecho esos disparos o es un experto en disfraces o se trata de fulanos distintos. Sí, la pauta es la misma, pero los testigos de los alrededores no recuerdan a nadie que rondase por allí. Si se trata de un solo individuo, con toda seguridad es un verdadero profesional y está respaldado por un montón de pasta. Esa clase de talentos se venden muy caros.

Richard Case se apoyó más en el respaldo de su asiento, con expresión pensativa.

—Pero si es un profesional... ahora ya sabe que estamos alerta y no querrá seguir exponiéndose tontamente. Cogerá la pasta, se largará de aquí y alquilará su revólver a quien quiera contratarle para un nuevo trabajito. Sí, es un tipo muy listo y aunque conozca el territorio no ser le puede ser aquí, de modo que me apuesto lo que queráis a que a estas horas ha puesto ya los pies en polvorosa.

—Supongamos que hay más de uno —insistió Shelby.

—En este caso será más fácil averiguar de qué se trata. Alguno hará un falso movimiento y sabremos de dónde procede. Lo único que necesitamos saber es el *porqué*, y entonces podremos empezar a actuar.

—Es un ataque en regla —comentó Kevin escuetamente.

Desde el otro lado de la mesa, León Bray le miró a través de sus gruesos lentes.

—No estoy tan seguro. Nadie ha tocado siquiera los bienes de los muertos. No ha habido gritos en ninguna parte. Existe aún la posibilidad de que se trate sólo de una *vendetta* personal.

—Las *vendettas* se terminaron con el antiguo régimen —le recordó Kevin.

—Tal vez —concedió Bray—, pero con chicas y con afán de dinero, siempre pueden reaparecer.

Remy miró a los dos un poco enfadado y golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Ya os he dicho que no había la menor relación entre ellos! Este fue el primer ángulo que investigamos y estoy plenamente seguro de ello. Lo único que tenían en común era la organización... y creo que no hay que profundizar más.

—Calma, Remy —le aconsejó Shelby. Había estado estudiando todos los informes y las posibilidades, y cuando estuvo satisfecho se retrepó en el sillón y cogió un cigarro. Todos, salvo los tres que no fumaban, le imitaron—. Sólo queda una conclusión. Sí, es un ataque en regla.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó «Acicalado» Kevin.

—Muy sencillo —repuso Shelby—. Esperar. Han eliminado a cuatro de los nuestros para quebrantar nuestro control. Ahora intentarán actuar en las zonas más flojas y apoderarse de ellas. Bien, sólo tenemos que esperar y ver quién es el estúpido que quiere enfrentar su poder con el nuestro. Mientras tanto, reestructuraremos nuestra organización y las operaciones continuarán como de costumbre. No creo que nuestro enemigo intente, por ahora, nuevas acciones.

Pero Mark Shelby estaba equivocado. Aquella noche, una bala de punta hueca y calibre 22 penetró en la oreja izquierda de Dennis Ravenal, y el subjefe de la prostitución del East Side murió entre sábanas de seda en un alto edificio de apartamentos cuya puerta había creído inexpugnable.

Nadie oyó el disparo. Nadie vio al asaltante.

En la oficina de la brigada de Homicidios de Manhattan, el Capitán William Long bebía café en una taza de papel y sonreía al comisionado.

—¿Por qué interrumpir una guerra tan hermosa como ésta? —inquirió.

—Porque parece como si el Departamento de Policía fuese un grupo de ineptos —respondió el comisionado.

—Oh, no, todos somos muy aptos —replicó el capitán—. Pero, a veces, uno resulta más útil fingiéndose inútil. Mientras no se carguen a transeúntes inocentes...

—Esto no durará mucho. El otro bando todavía no ha sacado sus mangueras de riego.

—Supongo que no saben por dónde empezar —opinó Long.

—¿Tiene usted alguna idea?

Long asintió, sonriendo. Era agradable ganarle al comisionado por la mano. Le faltaban dos semanas para el retiro y aquella era una situación ideal para poner fin a su carrera profesional.

—Algunas —admitió—. Nada concreto, pero al cabo de veinticinco años, uno acaba por poseer cierto instinto en esta clase de asuntos.

—Pienso que no se dignará explicarse mejor, claro —repuso el comisionado, sarcásticamente.

Long terminó de beberse el café, arrugó la taza y la arrojó a la papelera.

—Sólo existen dos posibilidades: negocio o algo personal. Con franqueza, no puedo imaginarme a alguien tan idiota como para cargarse a los jefes de la organización por un sentido personal de venganza. Por tanto... tiene que ser por el negocio. Alguien desea entrar en la organización y para, ello hay que eliminar antes a algunos que molestan. Y los interesados tienen que ser personajes tremendamente importantes, puesto que se trata de un gran movimiento, no contra una parte, sino contra toda la red del sindicato.

No permitirían pegarle un bocado a esa carnaza sin trastornar toda la situación. Esta nueva fuerza, que quiere meterse en el sindicato, se dedica al viejo juego de liquidar a los tipos de arriba para que los demás les permitan plantar el pie en terreno seguro, aunque también puede tratarse de un intento de suavizar la situación para poder chupar a su vez.

—Este es un juego peligroso.

—Sin embargo —objetó Long—, ya se ha intentado otras veces y ha dado buenos resultados. En algunas ocasiones, los jefazos comprenden el valor de asimilar a los nuevos individuos en lugar de combatirlos. Así son absorbidos, y el poder conjunto resulta mayor. Así siempre hay sangre nueva.

—Y esto, capitán, aún empeora el problema. Durante algún tiempo hemos logrado mantenerles a raya y dentro de un par de años, seguramente, hubiésemos logrado hacerles salir al descubierto; pero, si reciben nuevas energías, todo lo que hemos hecho se irá al cuerno.

—No, si la guerra que ha empezado continúa por algún tiempo.

—Bah, eso es pura utopía.

—Sí. Es demasiado bueno para que dure. Han caído cinco y opino que la lección ha concluido. Ya deben estar dispuestos a enseñar sus cartas y ganar la baza.

Pero el capitán Long también estaba equivocado. A las dos y cuarto de la tarde siguiente, robaron un taxi aparcado frente a un restaurante de la Octava Avenida. A las dos cuarenta y ocho minutos el mismo taxi fue encontrado abandonado en un callejón de Greenwich Village por un taxista perteneciente a la misma compañía. En el asiento posterior, Anthony Broderick, el antiguo estibador del muelle, que era el encargado de los préstamos con usura de la organización en el puerto, se hallaba derribado en un rincón, con una bala Magnum 357 en el corazón.

Gillian Burke permanecía en la terraza cubierta del auto-servicio tragando habichuelas y pastel de carne, todo ello ayudado con un vaso de leche. Durante todos sus años de policía, nadie lo había llamado por su nombre de pila. Siempre había sido sólo Gill, e incluso *El Gill*^[2]. Ahora, otro editorial de la cuarta página de un periódico recordaba el pasado, el proceso en el Departamento de Policía, y su suspensión del cuerpo por ser demasiado buen agente para algunos políticos, y hasta destacaba su nombre con reticencia en tres ocasiones. El periodista hablaba brevemente de su carrera, añadiendo, aunque ya demasiado tarde, que en el cuerpo policíaco se necesitaban muchos más hombres como él, aunque ciertos oficiales se horrorizasen y algunos pellejos, quizás inocentes, resultasen arañados.

Gill levantó la vista al acercarse Bill Long con su bandeja y dejó el diario a un lado para hacerle sitio en la mesa. No era posible dudar de la profesión de ambos. Las señales estaban ahí, innatas y refinadas hasta tal punto que, cualquier ciudadano, podía reconocerlas tras un leve escrutinio, y los más ajenos al Cuerpo de Policía podían también descubrirlas, inmediatamente, y desde una legua. Los años de servir a la Justicia, de evitar y detectar el crimen, y el instinto con los nervios a flor de piel y la hostilidad abierta que combatía a la sociedad normal, eran un molde cuya forma era indeleble, incluso para la mirada casual de los ojos que, tal vez, viesan más que otros.

Sin embargo, existía una diferencia. Bill Long aún pertenecía al Cuerpo y lo mostraba. Gill se hallaba fuera de su periferia y en su porte había algo así como la subida de la marea en una playa arenosa, cierta tristeza que crecía a cada retroceso de las aguas. Pero la marca de la marea alta seguía allí y uno comprendía que el mar subiría de nuevo, a veces hasta más altura, al aproximarse la tormenta.

—¿Por qué no me esperaste? —preguntó el capitán.

—Tenía hambre, compañero —Gill apartó un poco la silla de la mesa con el pie—. Además, me apetece repetir.

Long tomó asiento, quitó los platos de la bandeja disponiéndolos según su orden acostumbrado, y dejó la bandeja sobre una silla vacía. Gill se levantó y regresó cinco minutos después con otro pastel de carne y una ración de pastel que hacía equilibrios sobre un vaso de leche. El capitán, sonriendo, empezó a cortar su bistec.

—Te habría llevado al restaurante de la calle Veintiuno, pero no quise dejarme atraer por la buena vida.

—Tonterías.

—¿Qué tal el nuevo empleo?

—Estupendo, amigo. No todos se creen las estupideces que cuentan de mí.

Long azucaró el café y agitó la cucharilla haciendo bastante ruido.

—Olvidalo, Gill. Has tenido suerte. Rechazaste una pensión porque estabas disgustado con el sistema y no luchaste por ella, pero un empleo de cincuenta de los grandes al año lo ha resuelto todo, ¿verdad? Es la misma clase de trabajo.

—No del todo.

—¿Sabes a cuántos inspectores retirados les gustaría ser jefe de seguridad de Compat?

—Dímelo.

—A todos. Y tú sólo eras sargento. Ojalá a mí me ocurra algo igual.

Gill levantó la vista de su pastel y sonrió. Era una sonrisa sin alegría. Era una mueca que había que comprender.

—No a ti, Bill. Siempre fuiste un idealista. Por eso adquiriste la granja hace ocho años. Eres un verdadero policía y bueno además, pero cuando llegue el momento podrás olvidarte de ello.

—¿Y tú, no?

—Yo no, Bill, yo no. Es una de esas cosas que le oculté siempre al equipo de psiquiatría.

El capitán hizo un mohín de desagrado y se concentró en su bistec, pero de pronto detuvo el tenedor en el aire.